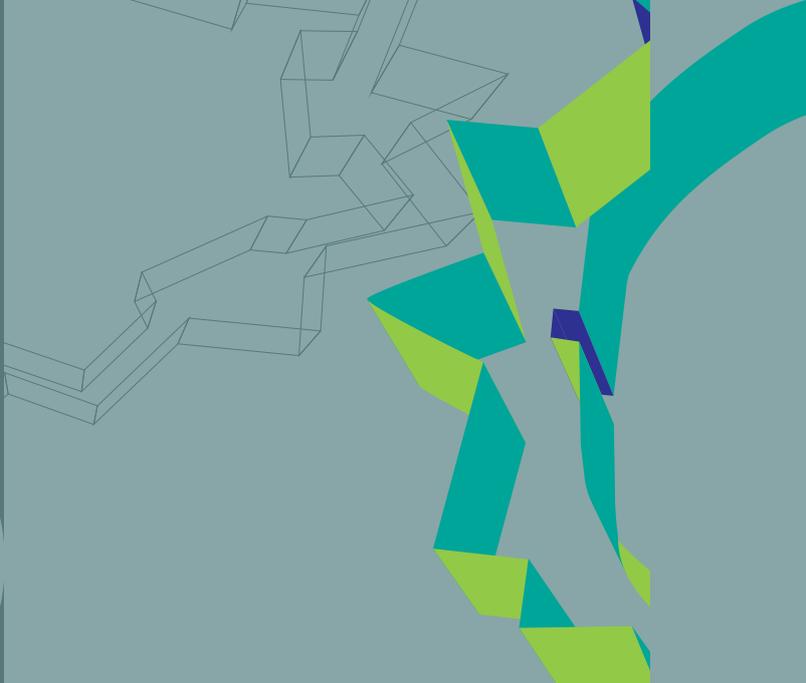
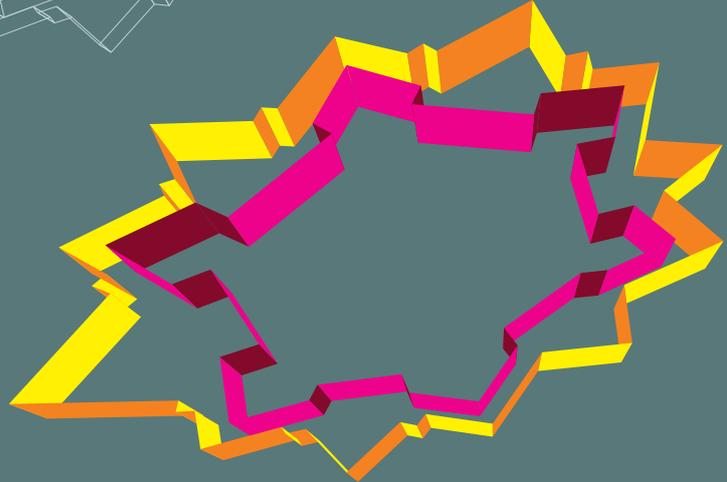


1810
2010

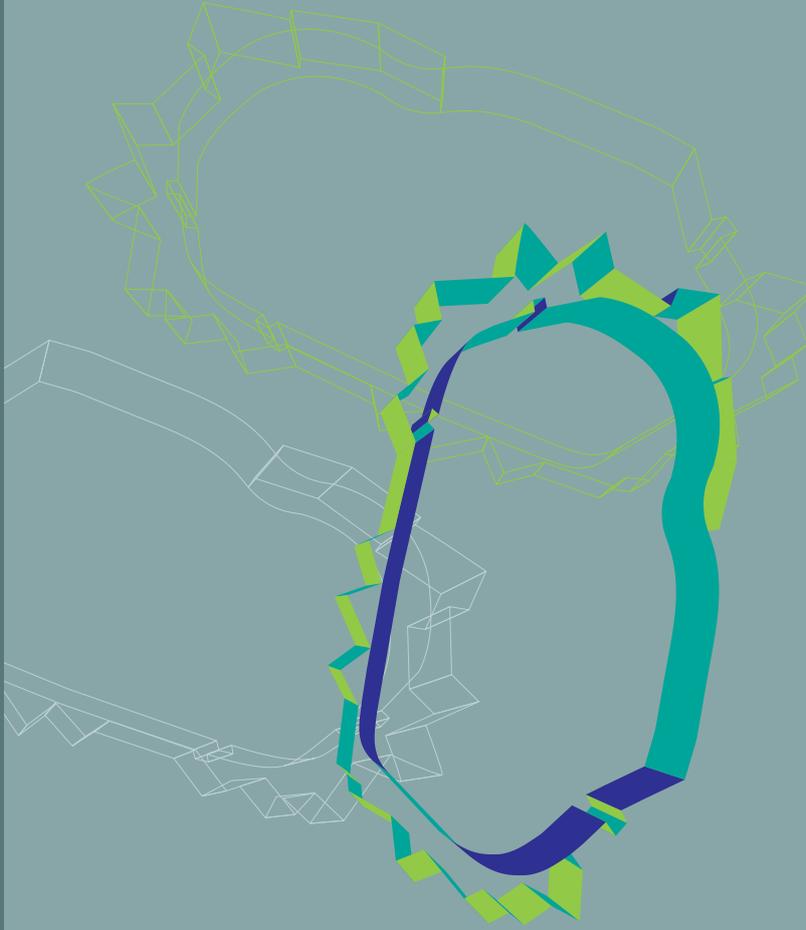
ALMEIDA



La Guerra de la Independencia en el Valle del Duero:
los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida.

Cristina Borreguero Beltrán (coord.)

CIUDAD
RODRIGO



ISBN: 978-84-92572-38-0
Depósito legal: DL-VA 736-2013

**La Guerra de la Independencia en el
Valle del Duero:
los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida.
Cristina Borreguero Beltrán (coord.)**

2013

***LA TROYA INCENDIADA. EL SITIO DE CASTRO URDIALES. ÚNICO ASEDIO
FRANCÉS EN CANTABRIA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.***

Miguel Ángel Sánchez Gómez
Universidad de Cantabria

Introducción

El asedio y conquista de Castro Urdiales el 11 de mayo de 1813, ya en las postrimerías de la Guerra de la Independencia, constituyó el hecho de armas más destacado del conflicto en suelo cántabro – junto con el asedio de la gran plaza fuerte de Santoña, ocupada por los franceses, por parte de los ejércitos aliados - . Lo más llamativo, no obstante, del asedio y conquista de Castro Urdiales por las fuerzas napoleónicas, fue su ensañamiento con la población que causó varios centenares de muertos, además de una intensa polémica centrada en la actuación del comandante de la plaza, el teniente coronel Pedro Pablo Álvarez.

El asedio de Castro Urdiales participa de algunas de las características de los asedios más famosos de la Guerra de la Independencia. Así en relación con los sitios de Zaragoza, debe recordarse que la capital aragonesa fue sitiada dos veces una entre junio y agosto de 1808 y otra, la definitiva, entre noviembre de ese año y febrero de 1809 y que concluyó con la conquista de la ciudad. Castro Urdiales fue asediada tres veces.

En el caso de Tarragona las similitudes son más grandes. Ambas son poblaciones costeras, en ambos casos el apoyo marítimo de las naves británicas no impidió que los imperiales ocuparan la ciudad con lo que, tercera coincidencia, se dio paso a unas terribles represalias contra la población civil y al saqueo de la ciudad. Incluso aparece en la iconografía de los abusos galos imágenes coincidentes en ambas poblaciones. El sitio de Tarragona comenzó el 3 de mayo de 1811 y concluyó casi dos meses más tarde, el 28 de junio. Las bajas fueron numerosas por ambos bandos, pero es la población civil la que más sufre, porque además de las bajas durante el asedio, fueron asesinados más de 6.000 civiles durante la entrada de los hombres de Napoleón. El comandante en jefe de los españoles Marqués de Campoverde fue acusado de ser el responsable de la pérdida de la ciudad.

En diferente escala, la toma de Castro Urdiales por los hombres de los generales Foy y de Palombini, tiene muchas similitudes con la situación que se dio en Tarragona.

I. La toma de una villa cantábrica en las postrimerías de la Guerra de la Independencia.

Dentro de la estrategia británica de entretener y molestar a la retaguardia francesa que en la geografía de la Península y ya en 1812 y 1813 estaba situada en torno a la Cordillera Cantábrica, ocupando las Provincias Vascongadas, Burgos y Cantabria, Castro Urdiales tenía que ser limpiada de tropas galas para que pudiera ser utilizada como base para la pequeña escuadra inglesa al mando del comodoro Home Riggs Popham y para las crecientemente organizadas fuerzas guerrilleras de Longa y las tropas de Mendizábal. Los primeros movimientos para expulsar a los imperiales tuvieron lugar a primeros de julio de 1812. El 8 de ese mes, la acción coordinada de las fuerzas británicas y de la infantería española bajo la dirección de Francisco de Longa consiguen la rendición de la guarnición francesa. Para los ingleses la posesión de Castro Urdiales era vital en su intento de controlar el Cantábrico oriental.

En el periodo de tiempo comprendido entre la toma de Castro Urdiales por los aliados y mayo de 1813, los barcos ingleses impidieron la llegada de refuerzos franceses por mar mientras que el esfuerzo bélico terrestre, después de la batalla de los Arapiles, se centró en la Meseta Norte. En el Cantábrico el centro de gravedad estaba situado en Santoña donde las fuerzas francesas se encontraban sitiadas por los barcos ingleses y por los guerrilleros españoles.

A principios de 1813 hubo una intentona por parte del general Demestre de recuperar Castro Urdiales, pero fue desbaratada por los defensores de la villa. Hasta mediados de marzo no ponen en marcha los franceses nuevos planes para recuperar Castro Urdiales que se estaba convirtiendo en una buena base de operaciones para los españoles y de suministros para los ingleses. Un mes antes, el general Caffarelli había sido sustituido por Clauzel como jefe del Ejército del Norte. Así se inició una primera aproximación el 19 de marzo al mando del general Palombini que tuvo como consecuencia el repliegue de las avanzadas españolas hacia el interior de la villa. Los franceses siguieron incrementando la presión a pesar de las intervenciones de distracción de las fuerzas del guerrillero Campillo. Pero la llegada de noticias de que el general Mendizábal pensaba atacar a los sitiadores hizo a estos replegarse antes de lanzar un ataque en toda regla, a pesar de que se reconocía la necesidad de contar con artillería de sitio. La lucha se centró en los alrededores de Castro Urdiales. Finalmente tanto los franceses como las

fuerzas españolas que ayudaban desde el exterior a la guarnición se retiraron el 25 de marzo.

Francisco de Longa se encargará a partir de esa fecha de fortalecer las defensas de Castro Urdiales, llegando incluso a aumentar los impuestos y a gravar las transacciones comerciales lo que provoca descontento, no sólo en la villa sino en la propia Junta de Santander.

A mediados de abril comienzan otra vez los preparativos franceses para hacerse con Castro Urdiales. Esta vez no podría disponer del apoyo de las fuerzas de Mendizábal ni de las de Longa por estar más ocupadas en los preparativos que Wellington estaba haciendo para copar a los imperiales en Vitoria. Después de cuidadosos trabajos, el cerco francés al mando del general Foy quedó cerrado, llegando incluso a cortar el abastecimiento de agua. Ello pese a las frecuentes salidas de los defensores que estaban al mando del teniente coronel Pedro Pablo Álvarez y del apoyo de barcos británicos que procuraban incomodar con su artillería a los sitiadores.

Tras diversas maniobras de aproximación y a pesar de los esfuerzos de los españoles, los franceses comenzarían su ataque al amanecer del 11 de mayo abriendo brecha en el muro del convento de San Francisco. El general Foy invitó a la guarnición a rendirse pero el comandante de la plaza se negó. Los ingleses retiraron las piezas de artillería y Álvarez decidió resistir en el interior de la villa, pese a que había recibido la orden del general Mendizábal de salvar la mayoría de sus tropas. La lucha en algunos lugares fue casi cuerpo a cuerpo y la población civil se unió al esfuerzo por rechazar el asalto.

Cuando ya era de noche, la mayoría de los defensores se había puesto a salvo por mar en los barcos británicos o en pequeñas embarcaciones rumbo a Santander. Sólo se resistía en la peña de Santa Ana donde estaba situado el castillo, resistencia que cesaría en la madrugada. Esta última fase de la lucha fue aprovechada para inutilizar parte de la artillería, de las municiones y a destruir los almacenes.

Mientras asediaban el castillo, los ocupantes tomaron terribles represalias contra la población, circunstancia inexplicable porque el asedio ni había sido largo ni especialmente sangriento para los atacantes. Las escenas que describen los testigos recuerdan las que tuvieron lugar en Tarragona: mujeres de cualquier edad violadas, niños ensartados en las bayonetas de los soldados, ancianos arrojados desde sus casas a

la calle o al interior de los edificios en llamas, destrucción de enseres como las redes de pescar, quema de edificios, destrucción de los archivos – del ayuntamiento, del cabildo y los de los escribanos -. La destrucción del caserío llegó a más del 60% del existente antes del asedio, siendo destruidas entonces 309 de las 563 que tenía Castro Urdiales. Según testigos franceses, la ingesta de alcohol agravó el comportamiento de los vencedores, la mayoría de los cuales eran italianos.¹⁶

Más del 40% (109) de las muertes producidas por la oleada de violencia que se desató en las horas siguientes a la entrada de los imperiales a la villa fueron mujeres adultas, si a éstas le sumamos las 20 “mozas” y las 12 niñas, vemos que la población femenina significó casi el 50% de las muertes. La mayor parte de los 309 fallecidos fueron por “*muerte violenta por el enemigo*” (casi el 50%, 148 sobre 309); esta expresión expresa los asesinatos realizados en las horas inmediatas después del asalto. Menores fueron las muertes “*a manos violentas por malos tratamientos, heridas y golpes*”, de las que fueron víctimas sobre todo mujeres y que tuvieron fatal desenlace en los días inmediatamente posteriores a la batalla.

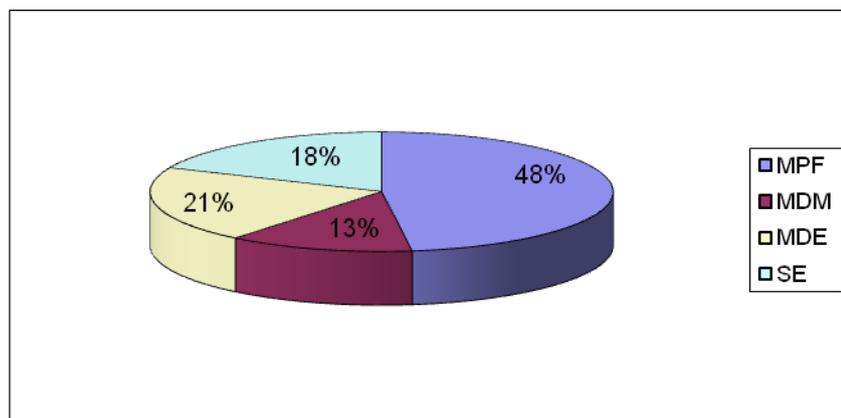
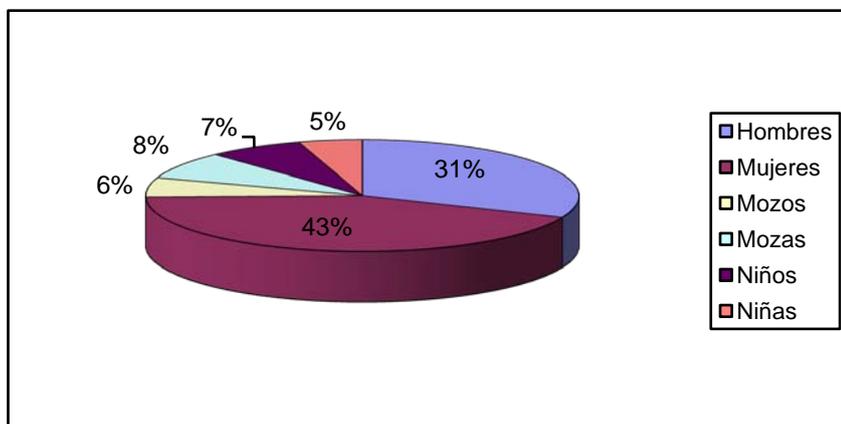
El caserío quedó destrozado. En algunas calles, como la de San Juan, casi todos los edificios quedaron abrasados. Incluso la calle del Horno, perdió su nombre para tomar el de “calle del Barrio Quemado”. La mayoría de las familias tuvieron que alojarse en

¹⁶ Las operaciones militares y el turbulento asalto a la villa pueden verse en:

José Simón Cabarga, *Santander en la Guerra de la Independencia*, Santander, 1968. Es un libro muy detallado, pero con el inconveniente de que el autor no citó prácticamente ni una sola de las fuentes que utilizó. También muy pormenorizado es el reciente libro de José Pardo de Santayana y Gómez de Olea, *Francisco de Longa. De guerrillero a general en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Leynfer, Siglo XXI, 2007. Un libro clásico sobre la historia de Castro Urdiales, pero que apenas aporta nada al conocimiento de los acontecimientos acaecidos en la toma de la villa es el Javier Echevarría, *Recuerdos Históricos Castreños*, Bilbao, 1954. Tiene no obstante el mérito de no repetir el relato de los hechos por el capitán Marcel – *Campagnes du capitaine Marcel du 69e de ligne*, utilizado en este trabajo - que se publicó en París en 1913, sino que utilizó la *Storie delle campagne e degli assedi degli italiani in Ispagna dal 1808 al 1813*, publicada por otro testigo de los hechos, el ingeniero militar italiano Camilo Vacani, y publicada en Milán en 1823 – aunque luego habría una segunda edición en 1843. En las abundantes páginas que Vacani dedica a las jornadas que discurrieron en los tres asedios y conquista de Castro Urdiales, se deshace en elogios ante la actuación de las tropas italianas, pero pasa como sobre ascuas por los abusos de los soldados con la población civil, cuestión que ofrece más detalladamente el capitán Marcel.

los meses siguientes en el Hospicio de las monjas, en la Hospedería de los religiosos, en alguna de las tres ermitas de la villa, en las bodegas o en casas de amigos y parientes.¹⁷

Muertes según sexo y edades



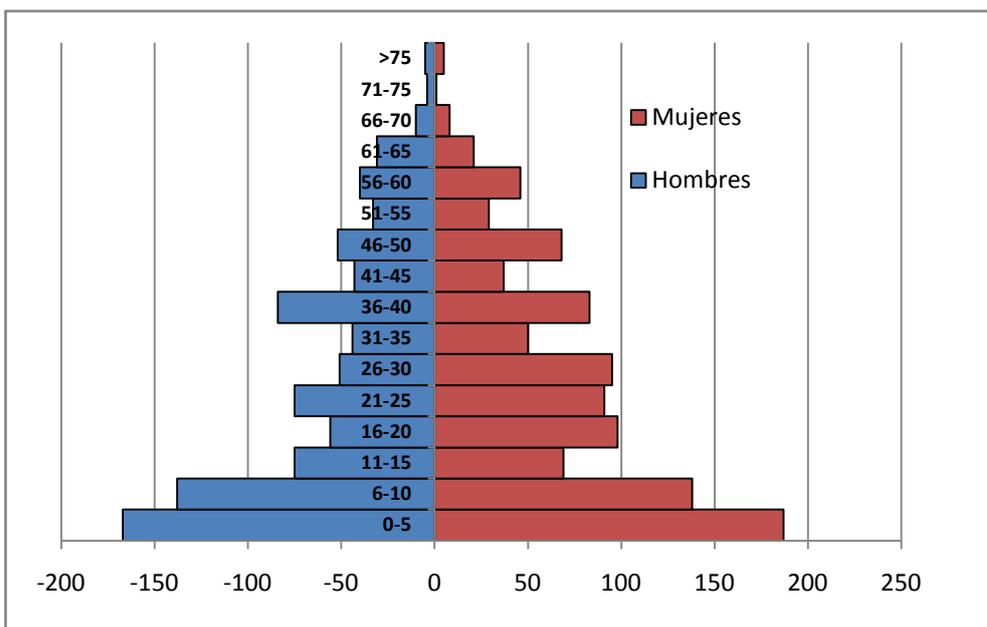
MPF: Asesinato. MDM: Malos tratamientos (violaciones, heridas, quemaduras,... MDE: Muerte por epidemia. SE:

El duro golpe que sufrió la villa significó un serio revés demográfico para una población que había soportado varias reclutas de sus hombres de mar a lo largo del siglo XVIII. La dinastía borbónica había intentado rehacer la maltrecha flota española y el poder militar español, en unas ocasiones en aguas mediterráneas y en otras en los mares americanos, con resultados muy dispares. En la mayoría de las ocasiones los enfrentamientos con los barcos ingleses se habían resuelto con derrotas. En cada una de

¹⁷La reconstrucción del número de muertes, sexo de los fallecidos y causas de la muerte a partir de los datos ofrecidos en el Legajo H 55, conservado en el Archivo Municipal de Castro Urdiales.

ellas, cientos de marineros se habían ido al fondo del mar. En Castro Urdiales tenemos constancia de tres de estas debacles que se habían saldado con la pérdida de cientos de varones jóvenes.

El desastre de 1813 se superponía a la reducción de la población masculina joven que se dio a lo largo de casi todo el siglo XVIII y que condujo, entre otras consecuencias, a la decadencia del sector pesquero y de las actividades marítimas en la villa, aunque estos efectos también se notaron en las villas costeras de la Cantabria de la época, excepción hecha de la ciudad de Santander.



Reconstrucción a partir del Censo de Policía de 1824. Archivo Histórico Regional de Cantabria. Sección Diputación. Leg. 1.313, libro 3.

Si en 1787, según el censo de Floridablanca, Castro Urdiales tenía 2.243 habitantes de los que 1.013 eran varones y 1.230 mujeres, lo cual implicaba una tasa de masculinidad del 82,35, en 1824 – según el Censo de Policía - la población había descendido hasta los 1.883 habitantes (es decir, un importante descenso del 16,04%), con una tasa de masculinidad de 88,48, de los más altos de todos los que hemos obtenido entre las villas costeras. En la pirámide de población – correspondiente a 1824 - puede observarse claramente el corte de la franja de edad entre 11 y 15 años, que corresponden al descenso de nacimientos en el periodo 1809-1813.

Si comparamos estos datos con los de San Vicente de la Barquera, una villa en el extremo occidental de Cantabria, que estuvo también involucrada en el conflicto por ser la base de operaciones francesa de la línea que marcaba la separación entre el Principado de Asturias y la Cantabria de la época, pero sin llegar a ser asediada, ni mucho menos ser víctima de una masacre como la de Castro Urdiales, recogemos estos datos: en 1787 esta villa tenía 1.040 habitantes, con 470 varones y 570 mujeres, cifras que habían ascendido ligeramente en 1824 hasta 1.103 almas con 531 hombres y 572 mujeres. Estas cifras nos indican unos índices de masculinidad en 1787 y 1824 de 82,45 y 92,83 respectivamente, si bien es verdad que en el caso de San Vicente de la Barquera no contamos con datos segregados de la propia villa, sino que en la documentación manejada se añaden los núcleos rurales que quedaban englobados en la jurisdicción de San Vicente de la Barquera: La Acebosa, Barcenal, Gandarilla, Ortigal, La Revilla y Santillán, lo cual, probablemente desvirtúa los datos finales.

Santander con 7.255 habitantes en 1787, tenía 3.324 hombres y 3.499 mujeres de lo que se deduce un índice de masculinidad del 94,99, mientras que en 1824 esta cifra de la población había aumentado hasta los 12.770 habitantes (aunque en esta cifra pueden estar ya incluidos los habitantes de los Cuatro Lugares: Cuento, Monte, San Román y Peñacastillo) con 5.822 varones y 6.948 mujeres; es decir, una tasa de masculinidad del 83,79, ligeramente superior a la de 1787.

Contrastando los datos de las tres poblaciones, no parece descabellado afirmar que una decena de años más tarde Castro Urdiales no se había recobrado de la catástrofe de 1813. Al brusco descenso de población se unía el hecho de una baja población femenina, circunstancia que no contribuía a la recuperación de la población, lo que no tendría lugar hasta bien entrada la primera mitad de siglo XIX. En cambio, Santander que seguramente había recogido la afluencia de refugiados de las zonas rurales durante la Guerra de la Independencia y la mayor parte de los emigrantes que anteriormente se dirigían a las colonias americanas y San Vicente, en menor medida, crecieron después de concluidas las hostilidades con Francia.¹⁸

¹⁸ Miguel Ángel Sánchez Gómez, “El impacto demográfico de la Guerra de la Independencia en Cantabria”, en Francisco Miranda Rubio, (coord.), *Guerra, sociedad y política (1808-1814)*, Vol. II, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, Gobierno de Navarra, 2008. pp.1143 – 1166.

II. La polémica en torno a la caída de Castro Urdiales.

Uno de los aspectos más interesantes surgidos a raíz de la caída en manos francesas de Castro Urdiales fue la polémica que surgió desde distintos ámbitos en torno al comportamiento, actitud y eficacia que mantuvieron los jefes militares de la villa; en especial la trayectoria del teniente coronel Pedro Pablo Álvarez al frente de la villa.

Su actuación como jefe militar de la villa mereció la reprobación de los representantes de la población apenas estos consiguieron ponerse a salvo de los franceses huyendo por mar a Santander. En un “*Manifiesto en compendio del despotismo, y tropelías de los gobernadores de la abrasada villa de Castro una de las cuatro de la Costa de Cantabria. Desde el 8 de julio de 1812, hasta el 11 de mayo de 1813*”, se cuestionó agriamente su actuación como comandante militar de la plaza, tanto en su esfera militar como en su comportamiento como responsable político.¹⁹ El documento estaba firmado por Mateo de Olazarry el 23 de mayo de 1813, menos de dos semanas después del asalto francés, cuando aún debían humear las ruinas de Castro Urdiales.

Este es el primer documento de una pequeña serie de ellos donde se acusaba a Pedro Pablo Álvarez o donde éste se descargaba de estas acusaciones, destila algunas exageraciones. Este fue el primero de los documentos que alimentaron una polémica que se centró no sólo en la actuación en la esfera militar del teniente coronel del regimiento de húsares de Iberia, sino en sus comportamientos con la población. En primer lugar, se reseña que el primer Gobernador y Comandante de Armas de Castro Urdiales, una vez conquistada la plaza por las tropas españolas el 8 de julio de 1812 fue Juan Bautista Brodet, capitán de la misma unidad que Pedro Pablo Álvarez, el Regimiento de Húsares de Iberia. Según los firmantes del Manifiesto Brodet se hacía llamar “Rey de Castro”, teniendo un comportamiento despótico con la población. Otra de las acusaciones fue la de alimentar abundantemente a su caballo con maíz a pesar del alto precio de este grano. También se le acusaba de arrestar al ayuntamiento constitucional y de apalear con 100 palos a los patrones de lanchas que no se presentaron a un requerimiento suyo. Quizá la mayor acusación que se le hacía en el documento, era ser contrario a la Constitución y autodenominarse Rey de Castro, lo que a mediados de 1813 significaba que Brodet no iba a tener el apoyo de las autoridades

¹⁹ Archivo Municipal de Castro Urdiales, Leg. H 5.817.

centrales. Sin embargo, a pesar de todas estas acusaciones, la destitución le sobrevino cuando mató al Comandante de Artillería, D. José Boster, posiblemente en un incidente en que el alcohol nubló el entendimiento de los dos oficiales.

Fue sustituido por D. Joaquín Gómez, teniente coronel jefe del Estado mayor de la misma unidad que logró una “*gran armonía con el pueblo*”. Su paso por Castro Urdiales fue muy breve, siendo reemplazado por D. Pedro Pablo Álvarez, teniente coronel de los Húsares de Iberia. Con este nuevo jefe militar volvieron a reproducirse los malos modos, los abusos e, incluso, el maltrato a algunos vecinos. En primer lugar, sustituyó a los dos administradores de rentas locales por dos personas de su confianza a los que los firmantes del Manifiesto consideraban “*ignorantes de cosas de Hacienda*”. Acusaciones más graves eran las de robar con lanchas armadas a los barcos que traían abastecimientos a la villa, así como de arrestar a los munícipes cuando le pedían recibos por sus exacciones. Se le acusaba también de rodearse de una pequeña corte formada por 18 ó 20 personas, además de tener sirvientas.

En lo que respecta a las actividades militares, los regidores le acusaron de destruir más de 200 casas en los alrededores del castillo para mejorar su defensa, además de derribar las tapias de la plaza, del hospital y de parte del Convento de San Francisco.

Por último se le acusaba de no haber preparado adecuadamente la defensa, siendo el culpable de que más de 1.600 habitantes fueran pasados a cuchillo y de preferir evacuar a los caballos antes que al pueblo, lo que produjo que mucha gente se quedase en los muelles siendo alcanzados posteriormente por los soldados imperiales y masacrados.

Evidentemente el tono del Manifiesto es exagerado y feroz con la actuación de Pedro Pablo Álvarez. Ello se demuestra en lo desorbitado de las escasas cifras que se vierten en este documento. En primer lugar, el dato de las “*más de 200 casas*” derribadas para evitar que los franceses las pudieran utilizar contra los defensores del castillo significa que simplemente en ese lance, Pedro Pablo Álvarez hubiera ordenado destruir más del 35% de las 563 casas de las que constaba el caserío de la villa, según un informe que enviaron los regidores a Fernando VII.²⁰ Más exagerada resulta la cifra de “*más de 1.600 habitantes pasados a cuchillo*”, lo que hubiera significado que en unas pocas horas de desenfreno la soldadesca napoleónica acabó con más del 70% de la

²⁰ Archivo Municipal de Castro Urdiales, Leg. H 55, p. 3.

población.²¹ En ese mismo informe municipal, más moderado y ecuánime, se concreta que “*las casas destruidas para mejorar las fortificaciones*” fueron 9 y no 200 como mantenían los firmantes del Manifiesto contra el teniente coronel Álvarez. La misma exageración que hemos visto en el número de muertos por la “francesada”. Con estos presupuestos es difícil considerar ajustados a la realidad el resto de los datos e informaciones contenidos en el Manifiesto suscrito por los munícipes castreños.

Esta campaña de difamación provocó una respuesta del propio Pedro Pablo Álvarez en su “*Manifiesto que en su defensa y en contextacion al que publico una cabeza exaltada de la villa de Castro Urdiales da a luz el teniente coronel del Regimiento de Usares de Iberia D. Pedro Pablo Álvarez, gobernador que fue de aquella plaza durante los sitios que sufrió hasta su abandono*”.²² El teniente coronel comienza su defensa desacreditando a los firmantes a los que denomina “*infelices e ignorantes marineros*”. Continúa extrañándose de que los firmantes no expresaran quejas de la época en que los franceses dominaban la villa: “*sin duda Castro es el único pueblo de la Península que no sufrió hasta entonces los insultos de un enemigo que todo Español aborrece*”. Niega que las exigencias a la población fueran más allá de lo que exigía el esfuerzo de guerra. Niega igualmente que buscara en sus criadas tener un serrallo e indica al respecto que vivió en Castro Urdiales la mayor parte del tiempo de su estancia con su esposa.

Respecto a la remoción de los cargos del ramo de Hacienda que tuvo que hacer, dice haberlo hecho – y muestra en unos apéndices documentales las órdenes recibidas – porque el Consejo de Regencia había ordenado la remoción de todas las personas que hubiesen ocupado los cargos bajo la dominación francesa. Similar razonamiento expone frente a otra de las acusaciones contenidas en el Manifiesto acerca de sus interferencias en la actividad comercial de la villa, con el añadido de que detrás de las protestas contra los gravámenes que impuso a los comerciantes que descargasen sus mercancías en Castro Urdiales, estaban los intereses de los comerciantes de Santander que pretendían desviar hacia su puerto las mercancías que se descargaban en Castro. Relata también algunos enfrentamientos por cuestiones de jurisdicción con el comandante de Marina de

²¹ Para este porcentaje partimos de la base de 2.243 habitantes que tenía Castro Urdiales en 1787. Cito por la edición del Instituto Nacional de Estadística publicada en 1990.

²² Pedro Pablo Álvarez, *Manifiesto que en su defensa y en contextacion al que publico una cabeza exaltada de la villa de Castro Urdiales da a luz el teniente coronel del Regimiento de Usares de Iberia D. Pedro Pablo Álvarez, gobernador que fue de aquella plaza durante los sitios que sufrió hasta su abandono*, Burgos, 1813.

la plaza D. Francisco de Echazarreta, al que finalmente acusa poco menos que de cobardía por ausentarse días antes del definitivo asalto francés con la disculpa de recibir órdenes de la Regencia. Sería sustituido en el cargo como comandante accidental de Marina por Eugenio Ocharan, comerciante de la villa. Álvarez acusa a Ocharan poco menos que de colaboración con el enemigo al permitir que pequeñas embarcaciones desembarcasen provisiones para los franceses en calas y ensenadas, lejos del puerto de Castro Urdiales, lucrándose de este comercio ilícito que beneficiaba a los sitiados en Santoña. También le acusa de haber permitido la huida de las lanchas de los pescadores poco antes de los momentos finales del asedio.

Niega también que haya exigido desmesurados abastecimientos a la población, ya que gran parte de los víveres los aportaba el propio Longa que había pactado el aprovisionamiento de la villa con los pueblos de los alrededores. También niega o justifica los malos tratos dados a algunos vecinos de la población, llegando al arresto del propio regidor municipal que el teniente general justifica por negarse el alcalde a ejecutar obras que mejorasen las posibilidades de defensa de la villa.

Finalmente responde a las acusaciones de cruel arbitrariedad contra el alcalde de Sámano y contra un anciano y un niño a los que mandó apalear en el primer caso y en el segundo colocar en el asta de una bandera “colgado por los sobacos” al niño y atar a un cañón al anciano. El comandante de la plaza expone que se trataba de espías que estaban al servicio de los franceses, cosa que las autoridades locales niegan.

A esta extensa defensa del comandante defensor de Castro Urdiales, contestará finalmente el aludido Comandante de Marina, Francisco de Echezarreta en su “*Manifiesto que en contextacion á varios párrafos del publicado por el Teniente Coronel D. Pedro Pablo Alvarez, Gobernador que fué de la Plaza de Castro-Urdiales, y que van insertos al final / dá á luz el Teniente de Navío de la Armada Nacional, y Ayudante Militar de Marina de aquel distrito D. Francisco de Echezarreta*”.²³

El opúsculo de Echezarreta trata de echar por tierra los argumentos de Álvarez en lo que se refiere a sus relaciones mutuas, en la invasión de competencias propias del ámbito de

²³ Francisco de Echezarreta, *Manifiesto que en contextacion á varios párrafos del publicado por el Teniente Coronel D. Pedro Pablo Alvarez, Gobernador que fué de la Plaza de Castro-Urdiales, y que van insertos al final / dá á luz el Teniente de Navío de la Armada Nacional, y Ayudante Militar de Marina de aquel distrito D. Francisco de Echezarreta*, Bilbao, 1813.

la Marina, en las verdaderas causas del apresamiento de barcos – que no tenían sólo el sentido de abastecer a las tropas sino que tenían un interés más personal -, rechaza la huida de la mayor parte de las lanchas en que hubiera, según Álvarez, podido ponerse a salvo la mayor parte de la población y se reafirma en que su marcha a Santander fue por órdenes superiores, añadiendo que tampoco tenía sentido quedarse ya que las funciones de Ayudante de Marina también las había asumido Álvarez. El texto está firmado el 13 de julio de 1813, dos meses después de la sangrienta entrada de los franceses en Castro Urdiales.

Conclusiones

En los estertores de la Guerra de la Independencia en suelo peninsular, Castro Urdiales fue objeto de varios asedios, el último de los cuales constituyó, una vez vencida la resistencia de los defensores, una masacre para la población civil. Esto llevó a la villa a una seria decadencia de la que tardaría décadas en recuperarse. El asalto y la muerte de cientos de personas en unas pocas horas se superponían a la sangría – y en cierto modo es la trágica culminación - que Castro Urdiales y las otras tres Villas de la Costa de la Mar de Cantabria sufrían desde los inicios del siglo XVIII merced a la política internacional de los Borbones españoles que llevó a cientos de marineros cántabros a dejar sus vidas en el Mediterráneo o en el Caribe, entre otros mares y océanos, siendo Castro Urdiales el puerto más perjudicado en este sentido.²⁴

Las acusaciones contra el comandante militar de la plaza acerca de su comportamiento tiránico con la población civil y de su incompetencia – rayana en la traición y en la cobardía – en la defensa de la villa, han creado hasta el presente una idea muy distorsionada de la realidad.²⁵ Todo indica que, a pesar de los esfuerzos del teniente coronel Pedro Pablo Álvarez, Castro Urdiales no podía ser defendida eficazmente ante una tropa aguerrida, numerosa y bien armada, dotada de un tren de artillería de sitio como la que asaltó Castro Urdiales el 11 de mayo de 1813. Las débiles murallas – en realidad poco más que tapias de casas y conventos -, la falta de apoyo eficaz por parte

²⁴ Miguel Ángel Sánchez Gómez, “Las gentes de mar de las Cuatro Villas de la Costa de Cantabria en el siglo XVIII”, en Isidro Dubert y Hortensio Sobrado Correa (eds.), *El mar en los siglos modernos*, Tomo I. A Coruña, A Coruña, 2009, pp. 178-180.

²⁵ Aún recientemente se ha publicado algún trabajo que asume los planteamientos los críticos coetáneos de los hechos. Victoriano Punzano, *Los Gobernadores de Armas de Castro Urdiales*, Santander, Estudio, 1982.

de los buques británicos que patrullaban la costa cantábrica y las órdenes de Wellington de no movilizar tropas aliadas en la zona para fijar a las fuerzas imperiales ante la batalla de Vitoria, impidieron auxiliar a Castro Urdiales por lo que la población estaba condenada. Las acusaciones contra Pedro Pablo Álvarez no parecían tener en cuenta las circunstancias militares que debían preponderar sobre todas las demás, en un momento, además, en que se estaba jugando el futuro del largo y sangriento conflicto. Las consecuencias dramáticas para la población castreña entran dentro de la lógica y de los habituales comportamientos de la soldadesca después de entrar victoriosa en una villa asediada, sobre todo si entre los soldados corrió el alcohol del que pareció estar muy bien abastecida Castro Urdiales. En todo caso, los documentos emanados por Francisco Longa, permiten afirmar que en todo momento Pedro Pablo Álvarez estuvo estrictamente a las órdenes dadas por su jefe directo – Longa – y por el jefe del Ejército del Norte, Gabriel de Mendizábal.²⁶

Sabemos que Pedro Pablo Álvarez tuvo algunas actuaciones similares en otros puntos, por lo que estuvo encausado. De los hechos acaecidos en Castro Urdiales fue absuelto el 15 de agosto de 1821. Había permanecido arrestado desde el final de la Guerra de la Independencia hasta esa fecha, siete años. Pocas semanas después fue nombrado Comandante de Armas de la villa burgalesa de Poza de la Sal. Los habitantes de esta villa le acusaron de malos comportamientos para con la población civil, además de ser acusado de saquear el Monasterio de Oña, fue apartado del servicio y encausado. Juzgado en 1827 quedó libre merced al indulto de 1824, dado que sus actuaciones en Poza de la Sal se habían realizado en “tiempo revolucionario”. Fue sometido a un proceso de depuración que no superó quedando obligado a residir en cualquier población de Castilla la Vieja, excepto Valladolid. Sería amnistiado en 1832.²⁷

Pudiera ser que el comportamiento de Álvarez en Poza de la Sal, pero sobre todo el saqueo del monasterio de Oña, estuviese vinculado a su primera desamortización en el Trienio Liberal. También el hecho de que fuera apartado del servicio tras el juicio de purificación, nos lleva a la sospecha de que parte de las tribulaciones de Pedro Pablo Álvarez pudieran tener que ver con sus simpatías políticas, las que sin convertirle en

²⁶Carmen Gómez Rodrigo, “Diez meses en la historia de Castro Urdiales”, en *Altamira, Revista del Centro de Estudios montañeses*, XL (1976-1977), Santander, 1977, pp. 295-368.

²⁷Victoriano Punzano, ob.cit., pp. 143-144.

liberal le podría haber llevado a un cierto filoliberalismo que le hizo penar por los tribunales militares durante casi una docena de sus 37 años de carrera militar.